

CAPITULO



CENTRO
EDITOR
DE AMÉRICA
LATINA

la historia de la literatura argentina

12

La prosa romántica:
memorias,
biografías, historia



CAPITULO

la historia de la literatura argentina

12. La prosa romántica: memorias, biografías, historia

Este fascículo ha sido preparado por el profesor Adolfo Prieto.

CAPITULO constituirá, a través de sus 56 fascículos, una Historia de la Literatura Argentina, ordenada cronológicamente desde la Conquista y la Colonia hasta nuestros días. El material gráfico con que se ilustrará la Historia, estrechamente vinculado con el texto, brindará a los lectores una visión viva y amena de nuestra literatura y del país. Cada fascículo será, a su vez, un trabajo orgánico y completo sobre un aspecto, tendencia, período o autor de nuestras letras.

En CAPITULO Nº 13:

EL ENSAYO EN LA EPOCA ROMANTICA

- EL PENSAMIENTO DE ECHEVERRIA
- EL DOGMA SOCIALISTA
- LOS DESARROLLOS DEL
PENSAMIENTO ECHEVERRIANO
- ALBERDI
- "LAS BASES"
- LA POLEMICA CON SARNIENTO
- EL PENSAMIENTO ARGENTINO Y LA
EMIGRACION

y junto con el fascículo, el libro
EL ENSAYO ROMANTICO, selección
de obras de Echeverría, Alberdi y
J. M. Gutiérrez.



La prosa: memorias, biografías, historia

La declaración de la Independencia y la profunda conmoción política y social que este hecho desencadenó en los años inmediatamente posteriores, explica la existencia de una profusa literatura que oscila entre el simple afán de registrar día a día aquellos acontecimientos extraordinarios, y la voluntad de ordenarlos desde una perspectiva trascendente. Perspectiva que fuera capaz de otorgarles un sentido, y de volverlos comprensibles para los contemporáneos y para la posteridad.

Diarios; rápidas memorias bosquejadas casi sobre el tumulto de los hechos; remansadas confesiones escritas por los protagonistas de la historia en algún recodo de la vida; verdaderos tratados en los que se funde el manejo de una tradición oral sumamente estimable con la compulsión rigurosa de los documentos: he aquí las vertientes por donde se encauza ese apasionado interés por dar testimonio y por interpretar los datos de la historia nacional.

La novedad y la magnitud de los hechos suscitados por la declaración de la Independencia no bastan, sin embargo, para comprender el ingente volumen del material dedicado a registrarlos y a comentarlos. Tampoco para comprender el carácter esencialmente dramático que se advierte en la mayoría de sus páginas, ni la casi obsesiva necesidad de justificación personal que se descubre en las motivaciones de muchos de sus autores. Es que la Revolución de 1810, llevada al éxito con la aparente unanimidad de los patriotas que presionaron con su voto en el Cabildo abierto, se fragmentó muy pronto en la parcialidad de las facciones, y en el afloramiento de hondas rivalidades a las que el aparato político de la Colonia había mantenido en estado de latencia. La lucha por el poder en Buenos Aires; la confusión doctrinaria que acompañó a los primeros actos de gobierno; la responsabilidad de la guerra contra

España y la consolidación de un frente provinciano ante la pretensión hegemónica de los porteños, fueron sucesivos focos de tensión que conmovieron las bases de la nueva sociedad y enrarecieron su atmósfera.

Desde 1810 hasta 1853, año en que se aprueba la Constitución y se funda el programa político de los vencedores de Caseros, se desarrollan los acontecimientos que inspiran un capítulo esencial de la historiografía argentina. Es el período que ilustran los nombres de Mitre, de Vicente Fidel López, de Sarmiento, de Paz, de Iriarte. La simple mención de estos nombres explica que los curiosos de la historia deban volver una y otra vez a ellos, cuando los guía el propósito de sustentar un juicio sobre el ciclo más controvertido y polémico del pasado argentino. Pero explica también que otros lectores, desprovistos del aparato crítico y de la perspectiva necesaria para internarse en una apreciación objetiva y metódica del material ofrecido, encuentren en las obras de aquellos autores una preocupación por el uso de fórmulas expresivas adecuadas, que a menudo confiere a sus páginas un fuerte atractivo literario.

La voluntad expresiva, entonces, es el signo que permite incluir en un capítulo de la literatura argentina el impresionante elenco de nombres mencionado con anterioridad. Y también el de otros autores menores, extraídos del abundante repertorio historiográfico. En algún caso notable, como en el de Sarmiento, la voluntad expresiva se apoya directamente en la personalidad multifacética del autor de *Recuerdos de Provincia*. Es algo que deberá estudiarse en su oportunidad. En otros casos, como en los de Mitre y López, se agrega a aquella inclinación el concepto compartido de que la historia, considerada como género, lejos de desdeñar los recursos de la buena literatura, los reclama. En autores

Relación de la historiografía y la prosa narrativa durante el romanticismo

No por casualidad, los dos más grandes exponentes de la historiografía argentina del siglo XIX, Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre, tentaron el género novelesco. López, que había concebido el proyecto, ciertamente ambicioso, de novelar el pasado argentino en los años que transcurren entre el virreinato de Ceballos y la entrada de San Martín en Lima, cumplió muy parcialmente ese propósito, pero en los dos trabajos narrativos que se le conocen:

La novia del hereje o la inquisición de Lima (1854-1855) y

La loca de la guardia, cuento histórico (1896), puso de manifiesto la estrecha vecindad en que convivían su visión de historiador y su visión de novelista. El interés y la preocupación por revivir el pasado, la decisión de otorgarle al colorido de las estampas evocadas una singular eficacia histórica, la rotundidad y la amplitud del estilo indistintamente utilizadas para reconstruir un suceso histórico (según el dictamen de las tradiciones orales o escritas) y para crear un ambiente en el que verosíblemente se ubiquen personajes ficticios, confirman esta doble aptitud de López y la permanente interrelación entre las exigencias del género novelístico y el historiográfico.

Con menor intensidad, Mitre, joven de 26 años, publicó durante su exilio en Bolivia una desvaída novela sentimental, Soledad (1847). No hay aquí ese vivo interés por el pasado que se advierte en López, pero repárese en la manera como el historiador despunta entre las preocupaciones del novelista. Escribe Mitre en el prólogo: "La América del Sud es la parte del mundo más pobre en novelistas originales. Si tratásemos de

narios de 1º y 2º voto y Síndicos procuradores del Ilustrísimo Cabildo de Buenos Aires desde el año 1717, hasta este de 1789, en que saqué esta copia de un manuscrito original que me prestó un amigo; y yo Juan Manuel Beruti lo sigo desde este presente año de 1790, aumentándole otras noticias más que ocurran, dignas de notarse. Este es el título (reproducido en grafía moderna) con que Beruti encabeza las minuciosas anotaciones, interrumpidas a veces o presumiblemente extraviadas —cuadernos de los años 1829 a 1842—, pero que suman, en conjunto, una inapreciable copia de noticias.

A la ventaja de ser un observador que no está estrechamente comprometido con los hechos o que no lo está, al menos, como árbitro y ejecutor de éstos, Beruti une una característica en el manejo de los materiales que lo asemeja extrañamente a los cronistas españoles del pre Renacimiento. Tanto en la selección de los rasgos con que se describen los personajes principales, como en la filosofía que tiñe el comentario de los más desdichados sucesos, la impronta de los cronistas españoles del siglo XV parece manifestarse sin embozo.

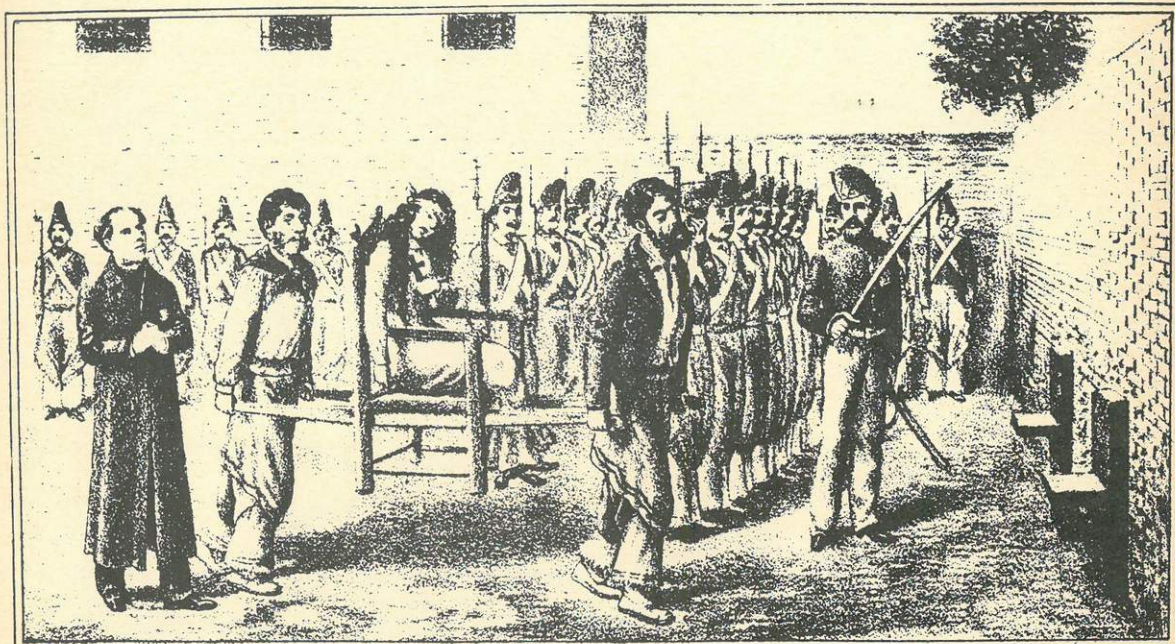
Así describe Beruti la figura de Liniers: "Era un hombre bien apersonado, natural de París de Francia, alto de cuerpo, grueso, muy nervioso, muy blanco y rubio, ojos zarcos, cara muy placentera, redonda y muy risueña; agregándose a esto ser muy afable y cariñoso. Tenía cerca de 60 años cuando acabó sus días".

Y así comenta la reforma eclesiástica, civil y militar impuesta por Rivadavia, y el enorme efecto que produjo en el público: "Quién creyera que unos establecimientos tan útiles y de tantos siglos que han pasado desde su fundación, habían de ser en un momento suprimidos, cuando debíamos de haber creído que estaban tan firmes que hubieran durado hasta la consumación de los siglos; pero ha-

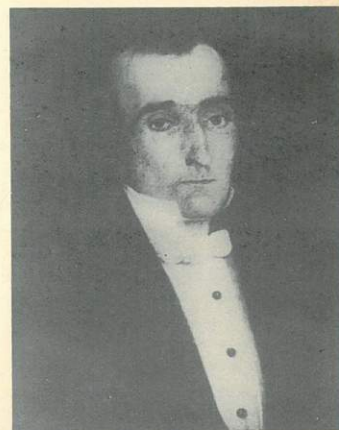


Daguerrotipo de Juan Manuel Beruti

De todos los Diarios publicados sobre los primeros cincuenta años de nuestra vida como nación independiente, el que abarca un período mayor —pues empieza antes de 1810— es el de Juan Manuel Beruti, obra de un testigo fiel y a veces penetrante de las costumbres de su época.



Fusilamiento de Camila O'Gorman



Juan Cruz Varela

bemos visto que los establecimientos humanos no subsisten, y que con el tiempo todo perece y se arruina.

"Nadie puede contar en el mundo con su felicidad hasta su muerte, mayormente en países que se hallan en revolución como el nuestro, pues tengo la experiencia de que en la reforma civil y militar, muchos hombres de altas graduaciones los veo ejerciendo oficios que ellos no lo habrían creído, según el rango en que se encontraban, méritos que tenían contraídos y la soberbia y orgullo que los acompañaba; pero nada subsiste, y así con lo que les ha tocado de reforma conozco brigadieres que se han metido a quinteros, coroneles mayores a chacareros, coroneles a quinteros, y una porción de tenientes coroneles, sargentos mayores y demás graduaciones, de pulperos... Ultimamente, esto es lo mismo que la rueda de una noria, que las canecas de agua suben y bajan, los que ahora están abajo se ven de repente sobre los que estaban arriba." (La transcripción de estos textos, modernizada, proviene de la edición de las *Memorias Curiosas* de Juan Manuel Beruti dispuesta en la *Revista de la Biblioteca Nacional*, tomos VI a XIV, Buenos Aires, 1942-1946.)

La muerte de Mariano Moreno en su viaje a Londres, las inacabables rencillas de los albaceas de la Revolución de Mayo, el crítico año 1820, el terror de los montoneros que merodean en los suburbios de Buenos Aires, el fusilamiento de Camila O'Gorman, la caída de Rosas y el comportamiento de muchos de sus fieles ante los flamantes vencedores de Caseros; estos y otros sucesos tiemblan en la pluma casi primitiva de Beruti y se proyectan a nuestro interés en páginas que merecen ser leídas más allá de lo que puedan significar como documento histórico.

El *Diario de los hechos ocurridos en Buenos Aires desde el 21 de agosto de 1838 hasta el 15 de noviembre del*

mismo año, escrito por Juan Thompson, y particularmente el *Diario de don Manuel Ignacio Díez de Andino*, crónica santafecina de los años 1815 a 1822, merecen citarse con la misma estima que las *Memorias curiosas* de Berutti. También la humilde pluma de Díez de Andino sabe transmitir la congoja y la confusión del duro tiempo que le tocó vivir. Léase este comentario del saqueo de la ciudad de Santa Fe, por tropas de Buenos Aires, en 1816:

"No hay voces para explicar ni cabe en la pluma ponderar ni decirse... de los destrozos en las puertas de las calles a fusilazos, en los interiores a hachazos: cajas escritorios, sacando cerraduras si tenían tiradores de plata o de metal, llevándose cajones o imágenes del Señor y de María Santísima, y de otros Santos ornamentos, vasos sagrados, derramando el óleo que encontraron en crismeras; y por fin en veintisiete días de saqueo; ¡qué no harían! no dejaron cuartos, ni huertas y patios que no cavasen y como encontraron algunos entierros de alhajas y dinero en casas, tiendas y pulperías pensaron encontrar en todos..." (*Diario de don Manuel Ignacio Díez de Andino*, editado por José Luis Busaniche, Rosario, 1931.)

Puede mencionarse en este lugar, más por el prestigio literario del autor que por su calor intrínseco, un breve *Diario de mi prisión*, escrito por Juan Cruz Varela en la cárcel de la isla de Ratón, entre los días 23 al 28 de abril de 1838. Este *Diario* (impreso por primera vez por el Instituto de Estudios Americanistas de la Universidad de Córdoba en 1944), constreñido desgraciadamente por la brevedad y por la propensión anecdótica, se destaca, sin embargo, por cierta efusividad intimista, muy extraña a la generalidad de los autores que decidieron ocuparse de sí mismos en la literatura argentina del siglo XIX, con excepción, naturalmente, de Sarmiento, extrovertido hasta la impudic-



Manuel Belgrano

Casi todos los prohombres de nuestra independencia creyeron necesario justificar o explicar su vida pública con un tomo de Memorias, que resultaba, según las circunstancias, más o menos iluminador. Es el caso, entre otros, de Belgrano, Posadas, Agrelo e Hilarión de la Quintana.



Cornelio Saavedra (dibujo de Luis de Serpi, en el museo de Luján)

cia, si juzgamos con los recatados cánones de la época. En Juan Cruz Varela se advierte esa misma tendencia, aunque la extensión del *Diario* no permite evaluarla sino con restricciones.

Las Memorias. — Podría afirmarse, sin temor a diluir un hecho en una exageración metafórica, que no estaban aún acallados los ecos de la explosión revolucionaria cuando la mayor parte de sus actores se sintieron en la necesidad de justificar su participación en los sucesos de Mayo de 1810 y en los que fueron su inmediata secuela. Belgrano, Saavedra, Posadas, Guido, Martín Rodríguez levantaron, a su turno, un elocuente testimonio de sus actos para que los contemporáneos y la posteridad no juzgaran por omisión o por ignorancia el papel que cada uno de ellos desempeñó en el proceso revolucionario.

Para la opinión de los historiadores, casi todos estos bosquejos autobiográficos carecen del valor documental que cabría esperarse de ellos, ya sea por el desencadenante emotivo que sirvió de punto de arranque a la redacción de algunos de esos textos o por el comprensible interés en que se considere la propia conducta más por las intenciones confesadas que por los actos que las convalidan. No parece prudente, a esta altura de la investigación historiográfica, prestar demasiada atención a estos apuntes. Su lectura, sin embargo, tiene la virtud de reconstruir algo que no depende de la mayor o menor exactitud de los datos mencionados, y ello es esa atmósfera de desencanto, de recelo, de sombría furia que eleva el coro de revolucionarios, prematuramente apremiados por la desconfianza o por una respuesta inadecuada de la opinión pública.

El intachable Manuel Belgrano se siente así obligado a declarar los pro-

pósitos que lo inducen a ocuparse de su vida pública:

“Yo emprendo escribir mi vida pública —puede ser que mi amor propio me alucine— con el objeto de que sea útil a mis paisanos, y también para ponerme a cubierto de la maledicencia; porque el único premio a que aspiro por todos mis trabajos, después de lo que espero de la misericordia del Todo Poderoso, es conservar el buen nombre que desde mis tiernos años logré en Europa, con las gentes con quienes tuve el honor de tratar.” (*Autobiografía*, en “Biblioteca de Mayo, Colección de Obras y Documentos para la Historia Argentina”, Buenos Aires, 1960, tomo II, *Autobiografías*.)

Y una figura decisiva en la definición del Cabildo porteño, Cornelio Saavedra, previene a sus sucesores:

“Conducido por estos principios, es que me he decidido a dejarles esta memoria, que les sirva de guía en las cosas que puedan ocurrir después de mi fallecimiento. Por mi testamento les he legado el honor que heredé de mis abuelos y el que supe adquirir con mis servicios, y ellos son interesados en conservarlo, sostenerlo y defenderlo de las incursiones de la intriga y maledicencia.” (*Memoria autobiográfica*, en “Biblioteca de Mayo”, tomo II.)

Por su parte, Gervasio Antonio de Posadas, acosado por las críticas adversas y por la particular versión que el Deán Funes ofrece de su vida pública en el *Bosquejo de nuestra revolución*, ensaya una autobiografía de tono decididamente patético:

“Vivir en la sociedad y vivir infamado es una contradicción, pues la infamia es una especie de muerte civil. Yo que he tenido esta desgracia soy aborrecido de todos, todos huyen de mi compañía, estoy privado de toda consideración, se han roto los lazos que me adherían a sus conciudadanos y he quedado aislado en medio de la sociedad... En esta

aflictiva situación, no puedo ejecutar acción alguna ni aun generosa, porque estoy desesperado de encontrar en la opinión pública la recompensa." (*Autobiografía*, en "Biblioteca de Mayo", tomo II.)

En la *Autobiografía* de Pedro José Agrelo, reducida a reseñar su vida pública entre los años 1810 y 1816, se advierte la misma necesidad de reconocimiento que en Posadas y la misma tétrica desesperanza:

"La octava parte de los servicios que he prestado a mi patria, en aquel sentido, me habrían granjeado en cualquier otro gobierno, honores, comodidades, respetos y tranquilidad para mi persona y mi familia: bajo la libertad, me han producido odiosidades, envidias, prisiones, ultrajes, destierros y miseria." (En "Biblioteca de Mayo", tomo II.)

También otras figuras menos vinculadas con la génesis revolucionaria, pero igualmente arrastradas por la vorágine que suscitó, se sintieron compelidas a defender su actuación oficial mostrando ese urticante sentimiento de desconfianza que a todos parecía producir la versátil respuesta de la opinión pública. A esta variante pertenecen la *Exposición acerca de sus servicios a la causa pública*, escrita por el coronel José de Moldes en 1816; la *Relación de las campañas y funciones de guerra en que se halló*, de Hilarión de la Quintana (1774-1848), y la *Relación autobiográfica* del coronel Esteban Romero. (Textos incluidos en la "Biblioteca de Mayo", tomo II.)

Desde luego, deben incluirse en esta vertiente las memorias militares de los generales Paz, Iriarte y Aráoz de La Madrid, destacadas por los historiadores entre las más importantes fuentes de consulta de la primera mitad del siglo XIX. Los especialistas, unánimes en aceptar estas obras como puntos de referencia imprescindibles para la elucidación de aspectos cruciales del pasado, difieren, bastante

sobre el grado de confianza que cada una de ellas merece, por las circunstancias que mediaron en la redacción de los manuscritos o por la situación comprometida desde la que escribían sus autores. Excluida esta perspectiva crítica de nuestro trabajo y apoyándonos en criterios esencialmente literarios, es casi obvio señalar que las *Memorias póstumas*, redactadas por Paz a partir del año 1839 y finalizadas en 1848, sobresalen con holgura.

Las Memorias de Paz. — José María Paz (1791-1854) nació en Córdoba y recibió su título de maestro de artes en el Colegio de Nuestra Señora de ya tres cursos de jurisprudencia y dos Loreto, en 1808. Había completado de matemáticas cuando los sucesos revolucionarios lo inflamaron de entusiasmo y decidieron su incorporación al Ejército del Alto Perú. Aunque participó con brillo en la guerra de la Independencia y en la campaña del Brasil, en 1828, donde conquistó su grado de general, no cabe duda de que su fama como estratega creció a partir de sus resonantes victorias sobre algunos caudillos de provincias, y en particular sobre el célebre Juan Facundo Quiroga en las batallas de La Tablada y Oncativo. En su período de mayor prestigio, un hecho fortuito truncó una carrera que prometía modificar el panorama político y militar del país justamente en el momento en que se cernía la amenaza de una interminable guerra civil. Prisionero del caudillo santafecino Estanislao López y trasladado sucesivamente a la cárcel de Luján y a la ciudad de Buenos Aires, durante 8 años fue un obligado espectador de los acontecimientos; y fue entonces cuando debió aguzar sus dotes de observador y su extraordinaria capacidad para rescatar del común naufragio de la memoria el más colorido y sagaz registro de datos.



Gervasio Antonio de Posadas



Pedro José de Agrelo (Pellegrini)



Retrato de José Moldes



Hilarión de la Quintana (óleo de José Gil de Castro)

Un año antes de huir de la ciudad de Buenos Aires empezó a redactar sus *Memorias*, estimulado, a lo que parece, por la lectura de un informe de Belgrano sobre la batalla de Tucumán. El deseo de proporcionar una versión complementaria sobre un hecho de relieve histórico se extiende luego al proyecto de ofrecer en un vasto fresco el desarrollo de todos los acontecimientos políticos y militares que lo contaron como protagonista y como testigo. La motivación profunda de esa empresa será, por supuesto, la de defender la propia imagen del memorialista:

“Me cuesta trabajo hablar de mí mismo y más de argumentos repetidos y razones tan manoseadas que se corre el peligro de que se tengan por una fastidiosa reproducción de lo que cualquiera otro diría en mi situación.

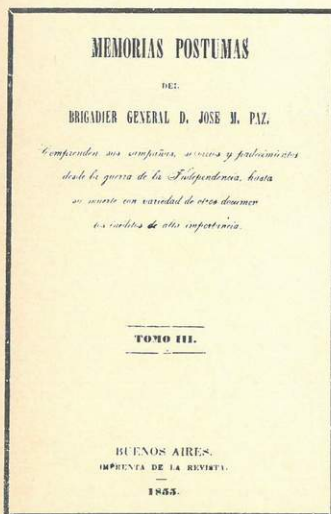
Sin embargo, como es tan público cuánto avancé en este método, como son tan conocidos los antecedentes de mi larga carrera, como he sido el blanco a que durante toda ella se han dirigido esas críticas que me clasifican de hombre chapado a la antigua, excéntrico a la revolución y nimiamente a las virtudes patrióticas, tengo derecho a hablar así y a que se haga una excepción, si se quiere, a mi favor. Lleguen o no lleguen algún día a ver la luz pública estas memorias, cuando las escribo lo hago fijando mi vista en mis contemporáneos a quienes no temo desafiar a que me desmientan si pueden. Pero no, no lo harán porque no podrían; tampoco lo harán mis compañeros de armas, quienes si se quejan, es de no haberme acomodado a la desgraciada época en que nos tocó vivir.

Puesto en la tarea de elegir recursos para este proyecto, Paz reveló aptitudes nada vulgares y logró, con frecuencia, movilizar los focos de interés más adecuados para enriquecer tal o cual situación que convenía a su relato. Sobresale notablemente en la descripción de las acciones bélicas,

donde podría reconocerse una notoria familiaridad con la materia utilizada. Pero en la presentación del abigarrado elenco de personajes; en el dramatismo con que se reviven los diálogos en los que chocan caracteres y destinos contrapuestos; en la astucia con que se recortan escenas y costumbres colectivas, se revelan una excepcional intuición del efecto literario y un verdadero pulso de escritor.

Con el objeto de calificar la opinión que le merece un gobierno y una sociedad abotagada por el absolutismo de un caudillo corrupto, Paz describe algunas escenas presenciadas desde las ventanas de su prisión, en Santa Fe. Elige los momentos culminantes, condensa la acción, se muestra sobrio en los pormenores, deja que los acontecimientos se impongan por sí mismos y, cuando los relatos concluyen, el lector se siente remitido menos a un cuadro social severamente calificable que a una descripción del horror universal. Indias que luchan entre sí hasta sangrarse, como gladiadores, ante la mirada complaciente y procaz de las autoridades; prisioneros mutilados, azotados, muertos sin otra causa que la arbitrariedad y la vesania de sus carceleros.

Todo el episodio de la captura está narrado con una palpación auténticamente novelesca. Paz fue sorprendido por una pequeña partida de soldados mientras realizaba una excursión exploratoria al terreno donde calculaba librar una batalla. Puede decirse que un verdadero golpe de azar frustró su tentativa, y que el modo como fue interceptado su camino, la escasa marcialidad que es lícito atribuir al tiro de bolas que maniató su caballo, niegan a este episodio cualquier posibilidad de valoración épica. Paz ejercita la inteligencia necesaria, sin embargo, como para convertir ese oscuro accidente en el exordio de una tensa aventura en la que se manifiesta gradualmente



Portada del tercer tomo de la primera edición de las Memorias de Paz

la fortaleza moral del héroe y su templanza para sobrellevar el ludibrio y la humillación que le imponen los vencedores. Primero es la partida de soldados que se arrebatan sus pertenencias; luego otra partida que se disputa sus ropas; y después los indios aliados de Estanislao López y otros grupos de soldados que terminan por engrosar una comitiva de más de 500 personas cuando llegan al campamento de López. Son varios días de un viaje infernal, con amenazas de muerte, agresiones verbales y físicas que el prisionero resiste con altivez. Por último, Estanislao López lo recibe en su mísero campamento:

“Luego se habló de las circunstancias de mi prisión, y satisface completamente a cuanto quisieron saber, pero sin dejar de observar los semblantes de todos los que me rodeaban, de los cuales, a los que no conocía me indicaron después quiénes eran; hablo en clase de jefes. Uno de éstos fue el coronel Ramos, en quien noté un aire seco y circunspecto; en el coronel Quevedo, una mirada constante y pifiona, que nunca se desmintió; en el coronel García, un aspecto de burlona complacencia que luchaba con un sentimiento más generoso, el que al fin triunfó; en la Torre, la moderada sonrisa que le era habitual; en Navarro, también coronel, una especie de franqueza que me indicaba no tener motivo de resentimiento conmigo; de los cordobeses, como Bustos, Arredondo, Bulnes, me parecía como que dudaban hasta qué punto debían odiarme, y que ni ellos mismos podían definir en este momento su verdadero sentimiento; más luego percibí que los alarmaba la tal cual consideración que se me dispensaba, y sospecho que pondrían en juego su influencia en desventaja mía.

“Después de este entretenimiento, que debo llamar público, porque era escuchado de todos, fui invitado a pasar al ranchillo del señor López, donde quedamos solos; se habían colocado



El general Paz en 1827 (litografía de Bacle)



El general Paz hacia el final de su vida

Después del período de la independencia, los principales autores de Memorias resultan ser militares: el general Lamadrid, el general Iriarte y, sobre todo, el general José María Paz, cuyas Memorias póstumas constituyen un documento invaluable para la comprensión de su época.



Apresamiento de Paz por una partida de E. López después de ser boleado su caballo (dibujo de Fortuny)

algunos centinales, para que nadie entrase ni se aproximase demasiado; pero, sin embargo, a algunas distancia, había gente apiñada, mucha gente, y yo estaba colocado de modo que miraba necesariamente a la abertura que servía de puerta. Entre estos espectadores estaba uno de facciones aindiadas y muy marcadas, mirar fuerte y aspecto siniestro; sospecho que alguno lo hizo situar allí para que me perturbase en el curso de la conferencia que iba a tener lugar. Hacía con dirección a mí, las señas más violentas; me miraba de hito en hito; me amenazaba con furor y concluía echando la mano al cuello, para indicarme que iba a ser degollado. Al principio ensayé no mirarlo, pero la posición que ocupaba me lo hacía indispensable; después lo miré con firmeza, mas siempre continuaba con sus ademanes y visajes; últimamente procuré manifestarle desprecio, revisiéndome de impasibilidad, lo que hizo al fin cansarlo de tan inútil como miserable pantomima.” (La primera edición, de 1855, lleva el siguiente título: *Memorias póstumas del Brigadier General José M. Paz. Comprenden sus campañas, servicios y padecimientos desde la guerra de la Independencia, hasta su muerte, con variedad de otros documentos inéditos de alta importancia.* Hay varias ediciones posteriores.)

Otras Memorias: Sarmiento, Alberdi. — Las *Memorias* del general Tomás de Iriarte (1794-1876) que registran la relación de sucesos comprendidos entre 1794 y 1847, y las del general Gregorio Aráoz de La Madrid (1795-1857), que se abren en 1811 y concluyen con la mención de hechos acontecidos en 1850, carecen de la fluidez y el atractivo literario de la obra de Paz. Pero el lector curioso encontrará entre el farrago de noticias más de un motivo para de-

tener la atención y enriquecer la perspectiva de interés histórico con que suele frecuentárselas.

Esta dramática exigencia de confrontar los actos personales con los cánones de una opinión pública tan tornadiza como implacable, no se agotó en la susceptibilidad que mostraron para con ella los hombres que participaron en la gesta revolucionaria.

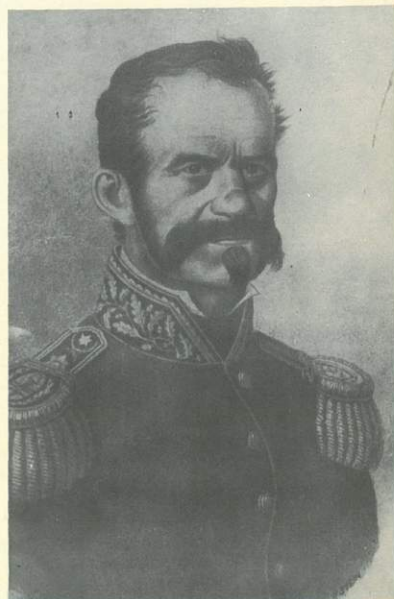
También la generación nacida alrededor del eje cronológico de 1810 y comprometida por lo tanto en la vida pública veinte o treinta años después de resuelta la ruptura de vínculos con España, fue arrebatada por aquella obsesiva preocupación.

Mi defensa, escrita en 1843, y especialmente *Recuerdos de Provincia*, en 1850, permitieron a Sarmiento trabajar el género de memorias y otorgarle estatura de piezas literarias del más empinado nivel. El desfile de recuerdos familiares; la célebre evocación del hogar paterno y el emocionado retrato de doña Paula; las morosas añoranzas de los gestos y las aventuras infantiles, no pueden ocultar, sin embargo, que el propósito fundamental de su autor fue el de exhibir ante sus contemporáneos una carta de crédito que avalara su actuación en la vida pública.

Baste recordar este pasaje de las páginas preliminares de *Recuerdos de Provincia* para ponderar las razones que decidieron su redacción cuando el autor contaba sólo 39 años de edad:

“Y sin embargo, mi nombre anda envilecido en boca de mis compatriotas; así lo encuentran escrito siempre, así se estampa por los ojos en la mente; y si alguien quisiera dudar de la oportunidad de aquellos epítetos denigrantes, no sabe qué alegarse a sí mismo en mi excusa, pues no me conoce, ni tiene antecedente alguno que me favorezca.

“El deseo de todo hombre de bien de no ser desestimado, el anhelo de



Gregorio Aráoz de La Madrid
(dibujo de H. Stein)

El historiador Mitre juzgado por sus contemporáneos

Dentro de la relatividad en la que cabe manejar estos términos, tal vez pueda decirse que Mitre fue un hombre verdaderamente mimado de la fortuna y que ningún argentino, en el transcurso de todo el siglo XIX, alcanzó tanto reconocimiento de sus contemporáneos ni tan cumplida satisfacción para cada una de sus múltiples empresas. Admitida la relatividad del juicio es posible, entonces, establecer que esa fortuna no se afianzó en el consentimiento fácil ni unánime de la opinión pública y que, antes al contrario, como una prueba más de la dura violencia que tenía las expresiones de la opinión pública en las primeras décadas de nuestra vida independiente, las obras y los gestos del autor de la Historia de Belgrano, fueron, a menudo, juzgadas en un nivel de severidad en cuyos extremos se ubican la polémica científica y la simple diatriba personal.

Desde su voluntario exilio europeo, Alberdi se constituyó en un observador tenaz de la actuación pública de Mitre, y de su pluma provinieron, durante muchos años, los argumentos más agrios contra el militar que condujo a los ejércitos de la Triple Alianza y contra el jefe político que ocupó la Presidencia de la República y que fue siempre elemento decisivo en todas las combinaciones electorales.

En otro orden de cosas ya se advirtió la franca disposición de Vicente Fidel López a sostener frente a Mitre un criterio



Manifestación en favor del general Mitre en 1890



historiográfico distinto, y aunque en este caso la polémica se mantuvo en un discreto tono profesional, no cabe duda de que detrás de López un amplio sector de la opinión encontraba fuerzas para discutirle a Mitre el magisterio intelectual que otro sector empezaba a acreditarle sin tasa. Más acertado que López, más agresivo y tajante, Vélez Sarsfield había ya anticipado en las columnas de "El Nacional" serias objeciones a la Historia de Belgrano en dos artículos recogidos bajo el título de Rectificaciones históricas: general Belgrano, general Güemes.

Varios años después, Carlos D'Amico, que fuera gobernador de la Provincia de Buenos Aires, escribe bajo el seudónimo de Carlos Martínez un verdadero libelo antimitrista, en el que se enjuicia tanto la labor del militar y del político como la del historiador y publicista. Así califica D'Amico la labor historiográfica de Mitre:

"Efectivamente, la biografía de Belgrano es un visible adelanto sobre las otras literaturas del mismo autor, aunque todavía conserva muchos de sus grandes defectos, como las declamaciones inútiles, las huecas y marchitas flores retóricas, períodos incomprensibles, algunos relumbrones, y muchas proclamas patrioterías.

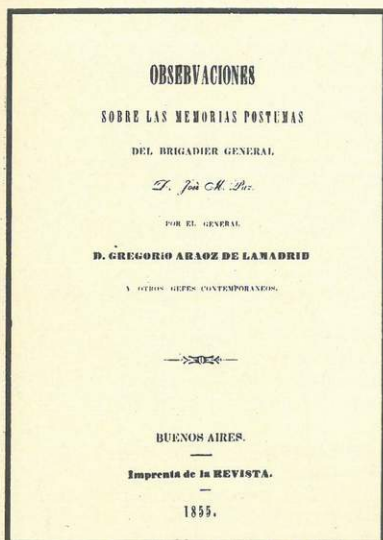
"...También la historia de San Martín peca por esa minuciosidad desesperante; pero en definitiva, su estilo ha avanzado mucho; ya no hay aquellos relumbrones de cajón de difunto; ya el pueblo se mueve algo bajo aquellas páginas pesadas de detalles fatigosos; ya uno empieza a ver explicados los sucesos, sin necesidad de desentrañar la multitud de hechos fríos y complicados que la ocultan: ya, en fin, el autor empieza a dejarse oír, a tener personalidad, lo que prueba que ya ha querido hacerse

una opinión propia para transmitirla a quien lee".

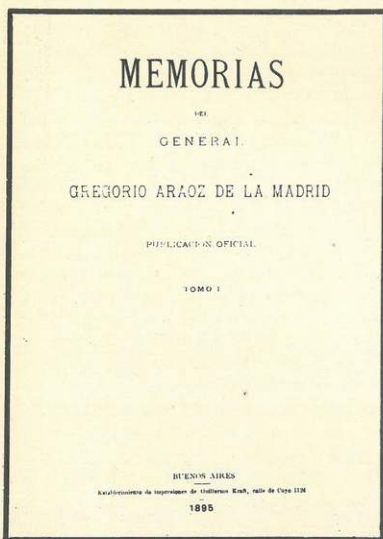
(Buenos Aires, sus hombres, su política [1860-1890], Buenos Aires, Editorial Americana, 1952. La primera edición es de 1890 y apareció con pie de imprenta mejicano).

A una distancia sideral del libelo de D'Amico, Miguel Cané toma partido, ya a comienzos de este siglo, por la concepción historiográfica de López en contra de la que logró imponer Mitre con sus extensos trabajos. En el volumen titulado Prosa ligera recoge Cané un artículo en el que evoca con decidida simpatía la figura de Sarmiento.

Fue precisamente Sarmiento quien describió la ciudad de Montevideo en los años del célebre sitio, con esa pujanza y colorido que hace añorar a Cané la ausencia de un historiador que rinda el debido tributo a ese episodio tan caro a la memoria de los proscripitos: "La descripción de lo que allí ve, hecha con un brío y un color incomparables, salpicada de retratos que en tres líneas dibujan una página para la posteridad, es lo único que tenemos de real, de vívido, sobre esos días de honor de nuestra historia. Un libro sobre el Sitio, hecho, no al frío resplandor de los documentos oficiales, sino iluminado por la vibración del recuerdo, con toda la pasión viril y generosa de la causa que se defendía, eso es lo que Lucio V. López, poco antes de morir, pedía a su padre, nuestro ilustre historiador, eso es lo que nosotros hemos pedido y pedimos al general Mitre, en vez de la labor mecánica a que ha dedicado sus últimos años de vigor intelectual". Cané escribió este artículo el año 1903; Lucio Vicente López había muerto en 1894; la edición definitiva de la Historia de San Martín y de la emancipación sud-americana, es de 1890.



Portada de las Observaciones de Lamadrid



Portada de una edición de 1895 de las Memorias de Lamadrid

un patriota de conservar la estimación de sus conciudadanos, han motivado la publicación de este opúsculo que abandono a la suerte, sin otra atenuación que lo disculpable del intento."

La circunstancia de que Sarmiento se encontrara en Chile al redactar *Mi defensa y Recuerdos de Provincia*, como los singulares rasgos de carácter del exiliado, probablemente contribuyen a explicar el inusitado avance de ambos textos sobre aspectos de la vida privada. Esta modalidad, que escandalizó a algunos contemporáneos, y que estudiaremos a su debido tiempo, ubica a Sarmiento en un lugar de excepción dentro de la literatura autobiográfica argentina, pero aún esta particularidad no desgaja a ambas obras de lo que es común y definitorio al conjunto de la literatura autobiográfica de su tiempo: el carácter de defensa política.

Sin la briosa petulancia de Sarmiento, sin su agresivo desenfado, algunos hombres de la segunda generación revolucionaria escribieron memorias o apuntes autobiográficos con el propósito de salvaguardar el mérito de su actuación pública.

A veces, esos propósitos se reducen a rastrear los pasos de una vocación y de una formación intelectual: libros, estudios, viajes, sirven así a Juan Bautista Alberdi (1810-1884) para fijar una positiva autosemblanza. *Mi vida privada*, opúsculo escrito hacia 1873, con datos que no sobrepasan de 1838, puede leerse junto con numerosas páginas que Alberdi prodigó a lo largo de su vida, con minuciosas referencias a sus viajes, a sus lecturas, a sus actividades políticas y que constituyen, en definitiva, un tributo si se quiere elegante e indirecto a la misma obsesión que sufría el denostado Sarmiento. (*Mi vida privada*, en la colección "Grandes escritores argentinos", Buenos Aires, Jackson, 1927.)

Con parecidas características a las anotadas para el caso de Alberdi, debe citarse aquí la *Autobiografía* de Vicente Fidel López, con datos que llegan sólo hasta 1840, con especial referencia a los estudios aprovechados por el autor. (En la colección "Grandes escritores argentinos", vol. 41.)

En otro orden de actividades, los hombres que tuvieron la responsabilidad de la conducción militar y política en las guerras de mantenimiento del flamante Estado y en las luchas de facciones que lo ensombrecieron de fronteras adentro, se sintieron tentados también por el género de memorias.

No alcanzó ninguna de ellas el relieve de las obras de Paz, de Iriarte o de Aráoz de La Madrid, y por ello nos limitamos aquí a una simple mención de algunos de los títulos: *Memorias inéditas del coronel Manuel A. Pueyrredón* con el agregado de una *Historia de mi vida*, narración fragmentaria que reconstruye episodios de la infancia del autor, nacido en 1808 (obra publicada en Buenos Aires, en 1947); *Memoria para los anales de la provincia de Corrientes*, en la que el brigadier general Pedro Ferré relata su participación en los principales sucesos de que fue testigo y autor en aquella provincia desde 1821 hasta 1842. (Obra publicada en Buenos Aires, en 1921.)

Las Historias. — Una resolución del primer Triunvirato, fechada el 1º de julio de 112, encomienda al padre fray Julián Perdríel la redacción de una historia sobre el movimiento emancipador, con particular encargo de fijar el estado de cosas colonial sobre el cual se alza la determinación revolucionaria, y de destacar a la posteridad la memoria de los héroes y los gloriosos hechos que fundaron la independencia [civil]. La obra fue sus-

pendida dos años después por otra resolución oficial, pero contemporáneamente el Secretario de Gobierno, Bernardino Rivadavia, gestionaba ante el deán Gregorio Funes (1749-1829) la continuación de una obra que éste había iniciado en 1802: *Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán*.

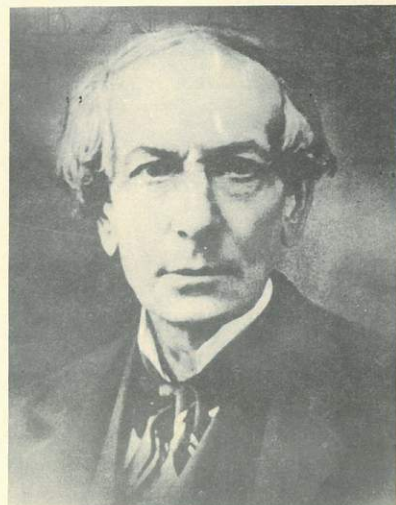
En 1815 empezó a imprimirse el primero de los tres tomos de que consta el *Ensayo*. Está dedicado casi totalmente al período de la conquista y de la administración colonial. En su parte final, el autor incluye un *Bosquejo de nuestra revolución*, en el que se mencionan los principales sucesos ocurridos entre 1810 y 1816. Este bosquejo ha pasado a la posteridad como el primer intento de organización emprendido sobre el profuso material de la primera etapa de nuestra Revolución. Pero los coetáneos señalaron omisiones y errores enojosos que son suficientes para reducir a un modesto nivel el mérito del *Bosquejo*, de donde los historiadores actuales parecen conformes en apreciar solo el papel de iniciador que le cupo a Funes en la historiografía nacional.

De todas maneras, estos juicios no cuestionan la ponderación de una circunstancia importante: y es la que homologa el nacimiento de la historiografía con la aparición del género autobiográfico y de las Memorias. El temprano despertar de estos intereses muestra hasta qué punto fue conmovida la sociedad por la decisión revolucionaria de los hombres de Mayo. Y qué insoslayable necesidad tuvieron muchos de ellos de registrar esos extraordinarios acontecimientos, ya como actores, ya como espectadores.

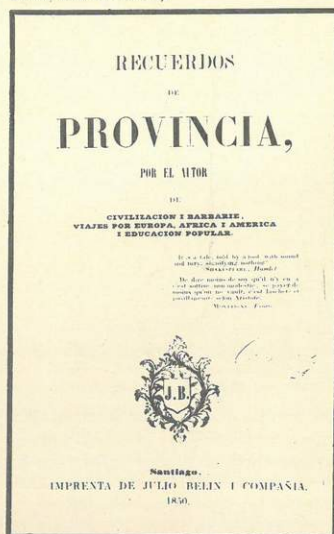
Los años que siguieron a la gesta emancipadora no fueron propicios, sin embargo, para la tarea del historiador. La gran confusión que reemplazó al entusiasmo inicial, las insalvables disidencias que engendraron las luchas intestinas, crueles y sórdidas



Domingo Faustino Sarmiento (óleo de Franklin Rawson)



Juan Bautista Alberdi



Portada de la primera edición de Recuerdos de provincia

Sobre el recato en el género autobiográfico. La condena de Alberdi.

Entre los recursos polémicos que Alberdi utilizó en la redacción de sus Cartas quillotanas, uno de los de más seguro efecto fue el denunciar la manifiesta tendencia de Sarmiento a ocuparse de sí mismo y a proponer su vida como materia de interés para los lectores. El juicio es lapidario:

"Sus Recuerdos de Provincia, son su biografía, no un libro de política. Historiándose a sí mismo no ha podido aprender más de lo que Ud. sabe. Ese trabajo no es un servicio hecho a la República Argentina, y dudo que lo sea para Ud. mismo. Es el primer ejemplo que se ofrece en nuestro país, tan abundante en hombres notables, de un republicano que publica doscientas páginas y un árbol genealógico para referir su vida, la de todos los individuos de su parentela y hasta de sus criados. San Martín no quería que se tomase su retrato. Rivadavia, Montevideo, Passo, Alvear y cien héroes argentinos, están sin biografía, y la misma República, que es toda gloria y heroicidad, está sin historia. Varela dejó de sí unos pocos renglones biográficos, que no vieron la luz sino después de su muerte. Pero su biografía de Ud. no es un simple trabajo de vanidad, sino el medio muy usado y muy conocido en política de formar la candidatura de su nombre para ocupar una altura, cuyo anhelo, legítimo por otra parte, le hace agitador incansable."

Sólo la acritud de la polémica permite explicar a primera vista que Alberdi emplee indistintamente los contenidos que corresponden

al género biográfico y al autobiográfico, como si ambos géneros tuvieran el mismo significado y resultaran comprensibles desde las mismas perspectivas. Puede también suponerse que, por lo contrario, Alberdi confundió a propósito las diferencias de esos géneros para destacar sólo aquel aspecto de Recuerdos de Provincia que convierte a la obra en un exaltado panegírico de un hombre público, y poner en evidencia así el egolátrico gesto de Sarmiento, dispuesto a incluir su propia semblanza en una galería de celebridades a la que no habían tenido acceso aún los grandes como San Martín y Rivadavia. Es posible, por último, pensar que Alberdi simplemente se negó a advertir el específico carácter autobiográfico de Recuerdos de Provincia, tal era la insolente novedad que Sarmiento introducía en nuestras letras con la revelación de su vida privada, y tal era la actitud prejuiciosa con que un lector refinado y culto se excluía del espectáculo de esa revelación. La hipótesis de un pudor literario ofendido por las páginas estrictamente autobiográficas de Sarmiento no parece, sin embargo, tener mucho asidero si se la aplica a un lector como Alberdi, impregnado por la atmósfera peculiar del mundo romántico, con su sentimentalismo a flor de piel y su vocación confesional. El texto de Alberdi apunta más bien a utilizar el evidente propósito político de Recuerdos de Provincia omitiendo, precisamente, todos aquellos elementos que podían hacer simpático y valioso el mensaje político del libro. El mismo Alberdi no vaciló, más tarde, en recoger aspectos de su vida y transmitirlos a la notoriedad de un volumen impreso, y este gesto vale como una suerte de reconocimiento a la legitimidad del género autobiográfico. El texto de Alberdi adolece, por otra

parte, de una falta de información involuntaria que reduce a la mención de Varela la nómina de hombres públicos que se atrevieron a dejar testimonios de sus vidas, cuando hoy sabemos que buena parte de las personalidades que participaron de la gesta emancipadora sintieron la necesidad de hablar de sí mismos. Esta carencia de información, unida a la ambigüedad conceptual y al abierto carácter polémico con que Alberdi inserta su juicio en las Cartas quillotanas, ha contribuido considerablemente a generalizar la opinión sobre la pobreza del género autobiográfico en la literatura argentina y sobre el recato confesional de los argentinos. Si a los nombres de Sarmiento y del propio Alberdi se agregan los de Saavedra, Belgrano, Posadas, Varela, Mitre, Vicente Fidel López, Calzadilla, Mansilla, José Antonio Wilde, Cané, y el de los memorialistas como Paz, La Madrid y Pueyrredón, que enriquecieron la crónica de los hechos políticos y militares con frecuentes referencias a la vida privada, obtendremos, con sólo fijar la atención en materiales literarios del siglo XIX, un registro suficientemente amplio como para desmentir la supuesta pobreza del género. Manuel Gálvez, el autor de Amigos y maestros de mi juventud, con su manifiesto interés y su gusto por la literatura autobiográfica, puntualiza un juicio que merece ser tenido en cuenta: "Dos errores circulan entre nosotros sobre el género literario que abarca las memorias o recuerdos personales, los diarios íntimos, las autobiografías y, en parte, ciertos libros de viajes. El primer error consiste en creer que muy poco o nada de eso hay publicado en este país. El segundo error finca en suponer que al público le encanta esa clase de libros." (En "Atlántida", Buenos Aires, junio de 1959)

como suelen ser las luchas entre hermanos, lejos de facilitar el empeño del historiador debían de contribuir a perturbarlo.

Así es como hasta mucho después de 1850, es decir, hasta después del período en que se impone compulsivamente un cierto sentido de unidad nacional y empieza a ponerse en práctica un nuevo proyecto de organización política y social que permite percibir el pasado como pasado, y por lo tanto como hecho concluido frente al cual es posible tomar distancia, no aparecen historiadores capaces de ofrecer una obra estructurada de acuerdo con una metodología y un principio informado susceptibles de otorgar determinado grado de coherencia a la visión del pasado. En este largo interregno no pueden dejar de mencionarse, sin embargo, la labor del publicista napolitano Pedro de Angelis (1784-1859), quien vino a Buenos Aires en 1826 contratado por el gobierno de Rivadavia y sobrevivió a todas las fluctuaciones políticas hasta convertirse, paradójicamente, en el más conspicuo intelectual del gobierno de Rosas. Trabajador infatigable, a De Angelis se debe, sobre todo la *Colección de documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata, Ilustrada con notas y disertaciones*, un conjunto de 7 volúmenes publicados entre 1835 y 1837.

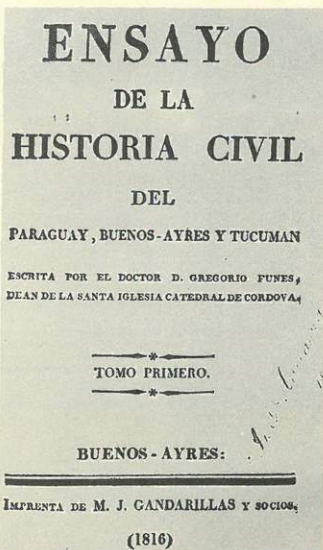
Años después, en Montevideo, Florencio Varela (1807-1848) hizo publicar en *El Comercio del Plata* una importante colección de documentos de los siglos XVIII y XIX.

López y Mitre. — Sobre el valor de los documentos en la preparación de un trabajo de índole histórica polemizaron, justamente, los dos más grandes exponentes de la historiografía argentina del siglo XIX, Vicente Fidel

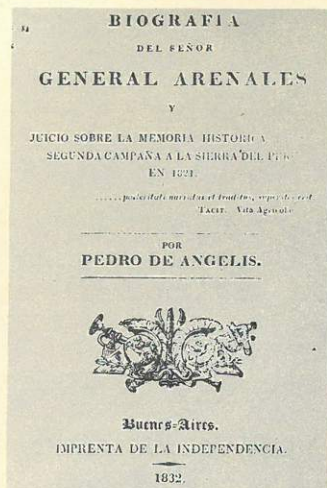
López (1815-1903) y Bartolomé Mitre (1821-1906).

Vicente Fidel López, hijo de Vicente López y Planes, el autor del Himno Nacional, nació en Buenos Aires, y a los 25 años de edad, ya doctorado en Derecho, decidió expatriarse ante el cariz que tomaban los acontecimientos en Buenos Aires. Era el momento en que se producía la más violenta represión policial del gobierno de Rosas. Instalado primero en Chile, y después en Montevideo, alternó en ambos países las actividades periodísticas con las pedagógicas. Producida la victoria de Caseros regresó al país y fue designado ministro de Instrucción Pública de la provincia de Buenos Aires. Durante largos años prefirió mantenerse al margen de las luchas políticas, y puede conjeturarse que esta decisión favoreció la preparación y el desarrollo de su vasta labor de polígrafo.

No cabe la menor duda de que el origen familiar, con el enorme caudal de conocimientos que debía facilitar la vinculación a tan ilustre hogar, y la suma de datos que le aportó su relación personal con los contemporáneos más destacados, otorgaban a Vicente Fidel López un excepcional privilegio para el proyecto de trazar un cuadro general del pasado argentino. Si a esta ventaja inicial se agregan la propia experiencia de actor comprometido en los capítulos finales de esta historia, un bien aprendido repertorio de las ideas más vivaces de la época, y condiciones brillantes de expositor, se comprenderá entonces la impresión que produjeron los primeros artículos publicados en la *Revista del Río de la Plata*, en 1873, y la posterior edición de sus obras fundamentales: *La Revolución Argentina, su origen, sus errores y su desarrollo político hasta 1830* (Buenos Aires, 1881); *Historia de la Revolución Argentina desde sus precedentes coloniales hasta el derrocamiento de la tiranía en 1852* (Buenos Aires, 1881), y la monumental *Historia de la República Argentina, su ori-*

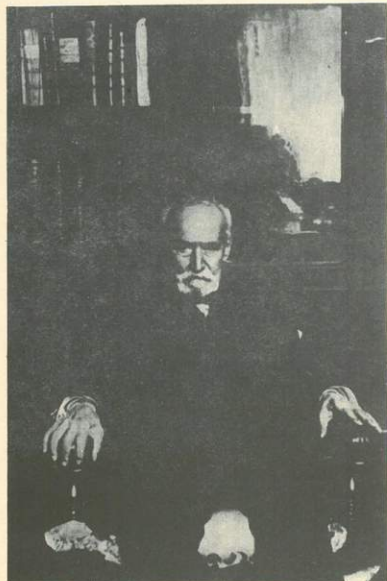


Portada de la primera edición de la Historia civil del deán Funes



Portada de la Biografía de Arenales, por de Angelis

Las obras más importantes de la historiografía argentina del siglo XIX pertenecen a dos autores disímiles pero igualmente significativos: Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. Puede decirse que Mitre y López son los maestros de la historia nacional.



Vicente Fidel López

gen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852, en diez tomos, el primero de los cuales apareció con el sello editorial de Carlos Casavalle en 1883.

En el intervalo que media entre la penúltima y la última de las obras citadas, Bartolomé Mitre inició una resonante polémica con López a propósito de algunas aseveraciones de éste y, particularmente, sobre la evaluación de las fuentes documentales.

El texto de Mitre, recogido en un volumen con el título de *Comprobaciones históricas*, que se publicó en 1882, mereció una extensa réplica de López, el *Debate histórico*, refutado a su vez por Mitre en un segundo tomo de *Comprobaciones históricas*. Si se omite la consideración de los detalles que entraron en discusión durante la célebre polémica, no puede vacilarse en reconocer que Mitre defendía una tesis sustancialmente más valedera, como que destacaba la irrenunciable necesidad del historiador de atenerse a la verificación y contrastación permanente de todos los documentos disponibles. En este sentido, López, sobrevalorando la probidad y suficiencia de la tradición oral, desestimó, paralelamente, el manejo riguroso y metódico de las fuentes documentales. En esta decisión parece probable que obrara como factor de estímulo el que el historiador se sintiera respaldado por el conocimiento minucioso de una ingente tradición oral, pero no debe desdeñarse tampoco la posibilidad de que influyera en esta determinación su personal manera de concebir la historia: como la ilustración de un principio filosófico aceptado de antemano.

La obra de López. — Elegido este método, es comprensible entonces que el historiador se manifestara más có-

modo a la distancia de la minucia documental, en un campo apto para permitir el trazado de grandes cuadros o panoramas de época, y la interpretación de los mismos según criterios apoyados en la más amplia libertad hermenéutica. Por eso López impresionaba mucho más como un ensayista que como un historiador, y por eso sus mejores páginas son aquellas en que se despliega sin ataduras su talento y su agudeza de intérprete. Léase esta descripción del gaucho, y se convendrá en que apunta a la caracterización de uno de los aspectos realmente definitorios de las luchas civiles posteriores a 1810:

“El gaucho argentino no reconocía por jefe ni prestaba servicio militar sino al caudillo que él mismo elegía por su propia inclinación. Ante todo se tenía por hombre libre; y como tal usaba de su criterio y de su gusto individual con absoluta independencia de cualquier otro influjo. Eso sí, cuando se había decidido por una bandera, su adhesión no tenía vallas y podía contarse con ella para toda la vida; no economizaba sacrificio ninguno; y su constancia, sobre todo en las luchas políticas, llegaba hasta el heroísmo. Tomaba partido por sentimiento propio y por pasión, jamás por interés ni por la mira de obtener el menor provecho directo como premio de sus esfuerzos. Lo único que lo movía eran las afinidades de los hábitos y de las tendencias entre su persona y la de los jefes a quienes servía; es decir, un patriotismo a su modo, pero que en resumidas cuentas era un sentimiento político y moral que tenía causas puras y libres en su misma voluntad.”

Y esta interpretación de la singularidad democrática que alcanzó la revolución de Mayo a partir de observaciones económicas y sociales:

“La clase distinguida en que se per-

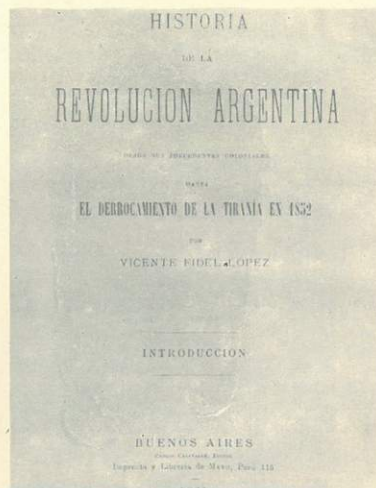
sonalizaba toda la influencia política de la ciudad, y que por lo mismo llamaremos COMUNA, ocupaba un reducidísimo recinto en el centro en donde se había agrupado todo el nervio gubernativo y guerrero de la Revolución. Tomando en globo la ciudad y sus extensos suburbios, ese recinto contenía un conjunto de jóvenes aptos para la vida política y militar, que puede calcularse en 25.000 hombres a lo menos, y quizá algo más incluyendo la población de las aldeas de la campaña que quedaban al alcance de la autoridad. No solo eran propietarios las clases acomodadas, sino que lo eran también las inferiores, que pasaban por pobres, y que por menosprecio se les llamaba *populacho* o *compadritos* por la denominación de *compadres* con que se trataban entre sí, en vez de la de "amigo" o "camarada". Como lo vamos a ver más adelante, la plebe que vivía alrededor de las ciudades argentinas, tanto en Buenos Aires como en las demás ciudades del interior, era dueña del terreno y del solar donde tenía su casa y su huerto, y donde los hijos habitaban a la sombra de la propiedad de sus padres."

También se manejó López con felicidad en el arte del retrato, en la dramatización de los hechos y en la reconstrucción de los escenarios en que éstos se situán. Véase, por ejemplo, el notable colorido con que describe la ciudad de Buenos Aires, tal como debió de ser hacia 1810.

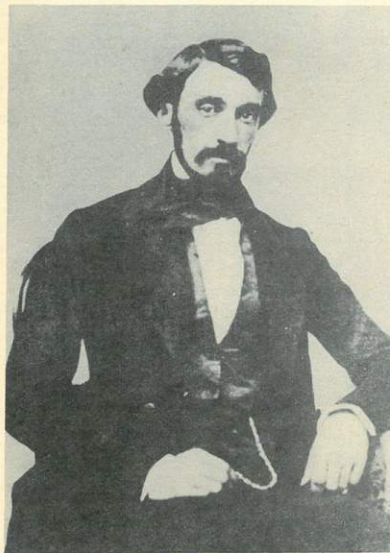
"El centro mismo de la ciudad, aun en su parte más urbana, representaba el feo aspecto de una aldea grande, chata y aplastada a la manera de esas plantas ramplonas que enmadejan sus guías o sus varas sin alzarse de la superficie. Las casas corrían con alguna regularidad a uno y otro frente de la calle. Pero eran bajas, de largo frente que variaba de veinte a cua-



Caballería gaucha (Carlos Morel, en el Museo Nacional de Bellas Artes)



Portada de la primera edición de la Historia de la revolución argentina, de Vicente Fidel López



Bartolomé Mitre

renta metros, con amplios patios plantados de naranjos, encuadrados por las habitaciones a los cuatro costados, y como acurrucadas en silencio bajo una capucha de tejados donde crecían pastizales tupidos favorecidos por la humedad del clima y la mala calidad de los materiales. En su frente una puerta grande con postigos y puertecillas laterales daba entrada al patio, y a uno y otro flanco se corrían dos o tres ventanas espaciosas con sus rejas de simples barrotes voladas sobre la acera, para dar vista a la familia con evidente peligro y estorbo de los transeúntes, que por cierto eran bien escasos.” (Textos transcritos de

la *Historia de la República Argentina*.)

En suma, una obra importante dentro de la prosa historiográfica argentina, y no desprovista de estimables valores literarios.

Mitre historiador. — Bartolomé Mitre, nacido como López en la ciudad de Buenos Aires, vivió también como López largos años en el exilio, hasta que la caída de Rosas le permitió integrarse al país, en el que llegó a desempeñar la más alta magistratura y una carrera de honores públicos que hizo palidecer la de todos sus contemporáneos. Autor de versos más bien convencionales y traductor de *La Divina Comedia*, la afición a las letras que expresaban estas actividades no estuvo divorciada de su fundamental tarea de historiador. Esto se comprueba fácilmente si se observa el cuidado formal que habitualmente acompaña la redacción de sus obras principales.

Mitre, según se dedujo de la breve mención de la polémica con López, puso un énfasis particular en la importancia del manejo de las fuentes

documentales y en el cuidado con que éstas debían ser ponderadas y sujetas a diversas pruebas de verificación. Este principio metodológico explica que sus dos obras más importantes, las *Historias* de los generales Belgrano y San Martín, fueran precedidas de una larga gestación. Y que la primera de ellas, sobre todo, pasara por los ajustes de varias redacciones, desde la primera semblanza de Belgrano en una *Galería de celebridades argentinas*, publicada en 1857, hasta la *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, título con que apareció la tercera edición, considerada definitiva, en el año 1876.

Las *Historias* de los generales Belgrano y San Martín están emparentadas, además, por la intención con que el autor complementa con ellas un panorama histórico unitario que abarca desde los orígenes coloniales hasta el final de la gesta emancipadora en 1830. Así como por la identidad del principio informador que las anima: esa combinación de biografía con historia colectiva que ya Sarmiento había tentado con genial acierto en su *Facundo*, en 1845.

La mención de Sarmiento debe ser aclarada aquí para que no sugiera conclusiones excesivas o falsas. En el *Facundo*, Sarmiento se propone demostrar que el caudillo riojano fue una expresión genuina de un medio social y de una circunstancia histórica; en las *Historias* de Belgrano y San Martín, Mitre no pretende encarnar en sus personajes protagonistas las condiciones y características del lugar y del tiempo en los que actuaron, sino que más bien hace confluir sobre el núcleo biográfico de personalidades relevantes de cada época la serie de acontecimientos más significativos de dicho período, cargando en ese núcleo biográfico la unidad esencial que amalgama y da sentido a multitud de sucesos acontecidos en un extenso es



Portada de la edición de 1887 de la Historia de San Martín, de Mitre



Portada de la cuarta edición de la Historia de Belgrano, de Mitre

cenario y en un amplio marco temporal. Es más un recurso para ordenar los materiales disponibles, que un método del que se aguarda la recíproca iluminación de los planos utilizados. Debe convenirse en que Mitre supo extraer de este recurso resultados de apreciable eficacia, como que logró imprimir un eje de interés y de significación dramático a la abrumadora masa de datos que cubre el largo peregrinaje que va desde los orígenes coloniales hasta la consolidación definitiva de la Independencia nacional.

Si tomamos la *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana* (primera edición 1887-1888) como la obra que mejor representa la producción historiográfica de Mitre, podremos ejemplificar en ella algunos rasgos que importan a su inclusión en un capítulo de la historia de la literatura argentina. Ya se advirtió que Mitre, lejos de considerarse a sí mismo un especialista limitado a los fueros de una disciplina, fue un hombre de actividad y de intereses múltiples. Fue, y no subsidiariamente, un hombre de letras —por más que otras esferas de la acción acreditaron en su favor satisfacciones mayores—, y debe pensarse en esta circunstancia para entender las frecuentes concesiones a lo literario en un grado y con una intensidad que exceden la mera adhesión al concepto de la historia como género familiar a la expresión de Arte.

Así describe Mitre un aspecto de la niñez de San Martín:

"El niño criollo nacido a la sombra de palmas indígenas, borró tal vez de su memoria estos espectáculos de la primera edad; pero no olvidó jamás que había nacido en tierra americana y que a ella se debía. Contribuyeron sin duda a fijar indeleblemente este recuerdo, las impresiones que recibió al



José de San Martín (óleo de José Gil de Castro)

Después de Mitre y López, nuevos historiadores analizan el pasado nacional, revisando la obra de los maestros pero a la vez sin sustraerse por entero de su herencia: se trata de Adolfo Saldías, Ernesto Quesada, José María Ramos Mejía, y otros.



Adolfo Saldías



José María Ramos Mejía

abrir sus ojos a la luz de la razón. Oía con frecuencia contar a sus padres las historias de las pasadas guerras de la frontera con los portugueses, que debían ser las que más tarde redujesen a cenizas el pueblo de su nacimiento. Su sueño infantil era con frecuencia turbado por las alarimas de los indios salvajes que asolaban las cercanías. Sus compañeros de infancia fueron los pequeños indios y mestizos a cuyo lado empezó a descifrar el alfabeto de la escuela democrática del pueblo de Yapeyú, fundada por el legislador laico de las misiones secularizadas. Pocos años después, Yapeyú era un montón de ruinas; San Martín no tenía cuna; pero en el mismo día y hora en que esto sucedía, la América era independiente y libre por los esfuerzos del más grande de sus hijos, y aun viven las palmas a cuya sombra nació y creció.”

También el historiador rindió tributo al gusto literario de su época, en aquella variante que eleva el discurso a un constantemente henchido grado de tensión. Párrafos como éste irrumpen con frecuencia en sus escritos, verdaderos lunares para el lector de nuestros días, refractario a la seducción que debió de tener aquel estilo:

”La gloria de San Martín había llegado al grado culminante de la declinación de los astros que han recorrido su curva ascensional. Propagador triunfante por la fuerza de su genio de los principios emancipadores de la revolución de la República Argentina, su patria; libertador de Chile y de Perú, y fundador de sus respectivas nacionalidades, era, por sus grandes planes de campaña continental, por sus combinaciones estratégicas y por sus victorias, el primer capitán del Nuevo Mundo. De todos los sudamericanos hasta entonces nacidos, era el más grande y el más genuino americano. Para ser más grande, solo le

faltaba completar su obra. La inmortalidad le estaba asegurada de todos modos”.

Que esta exaltación retórica de San Martín depende más de un tributo al gusto literario de su tiempo que de un recurso necesario a la elaboración del trabajo histórico, lo demuestra palmarmente el hecho de que Mitre, implícita y explícitamente, busca dar una imagen del libertador de Chile y de Perú que coincida con la dimensión humana del héroe, alejándose para ello, con entera decisión, de la actitud condescendiente y generosa del panegirista. Este sostenido esfuerzo por lograr la equidad en el juicio histórico es, precisamente, lo que destaca a los trabajos de Mitre del conjunto de las obras conocidas en la Argentina durante el siglo XIX.

López y Mitre no agotan, por supuesto, el cantero historiográfico de ese siglo, por más que sus monumentales obras prevalezcan sin discusión y se impongan como marco de referencias obligado para todas las cuestiones relacionadas con el pasado argentino, hasta promediar la centuria que vio nacer la independencia. Otros nombres merecen también ser citados en este panorama, y entre ellos, con sobrada justificación, los de Adolfo Saldías (1850-1914), autor de la *Historia de la Confederación Argentina, Rosas y su época*, título definitivo de la *Historia de Rosas y su época* (1881-1887); Ernesto Quesada (1858-1834), empuñado como Saldías en la reivindicación del período rosista, autor de *La época de Rosas. Su verdadero carácter histórico* (1898), y José María Ramos Mejía (1852-1914), talentoso introductor de las técnicas y los conceptos de la entonces flamante escuela neurológica, en análisis históricos que despertaron vivo interés en su época: *La neurosis de los hombres célebres en la historia argentina* (1878-1882), y *Rosas y su tiempo* (1907).

La historia como un capítulo de las bellas artes

Entre el arsenal de argumentos que Mitre y López removieron para justificar las excelencias de sus respectivos métodos de investigación histórica, hay uno que prácticamente no está en discusión y que sólo aparece para impugnar su indebido uso por uno de los contendores, o su excesiva interferencia en el estricto plano de la narración histórica. El lector ya sabe que López sostenía su derecho a escribir historia con tendencia filosófica y a considerar de provecho tanto el repertorio de documentos disponibles como los datos que pudieran extraerse de la tradición oral más respetable. Mitre, en cambio, sin negar esas posibilidades, destacaba que el primer deber del historiador era el de proveerse de una documentación exhaustiva sobre los hechos del pasado y atenerse rigurosamente al dictamen de esa masa documental. Como bien se advierte, y como señaló con claridad Mitre en la segunda parte sus Comprobaciones históricas, lo que se debatía en esta célebre polémica, más que una cuestión de sistemas históricos, era una cuestión de métodos. Sobre la apreciación polémica de este punto, ambos historiadores derrocharon centenares de páginas, sin que nunca pareciera suficiente la minucia del dato en discusión ni su verdadera relevancia. Ambos, sin

embargo, estaban implícitamente de acuerdo en que la historia, para merecer el nombre de tal, y cualquiera fuere la perspectiva doctrinaria de su elaboración, debía ser una historia bien escrita. Esta ponderación de los aspectos literarios del quehacer histórico entronca con una profunda tradición de raíz clásica que el romanticismo del siglo XIX no había logrado atemperar.

Desde luego, a medida que arreciaban los embates del naciente positivismo, esta preocupación literaria cedía en importancia y se sacrificaba con menores escrúpulos a la exactitud, a la simple comprobación de un hecho, por deslucido y opaco que éste resultara.

La polémica de López y de Mitre se sitúa precisamente en el momento en que la vieja tradición empieza a ser discutida. Seguro y respaldado en esa tradición, López podrá enjuiciar acerbamente la literatura histórica de Mitre:

“Las contradicciones en que incurre el señor Mitre son evidentes para cualquiera que tenga nociones de Bellas Letras. La crónica tiene que ser meramente expositiva y contemporánea de cada suceso registrado. Las Memorias tienen que ser personales y retrospectivas, y la historia, ya sea contemporánea o remota, es la composición especial en que entra el juicio filosófico y político de los sucesos lógicamente vaciados en un molde moral en donde se explican sus causas, sus complicaciones y el movimiento de las ideas que los provocaron...”

“Si hemos insistido en esta materia es porque siempre hemos lamentado que sea tan imperfecta y descuidada la instrucción clásica elemental

que recibe nuestra juventud sobre materias y modelos, sin los cuales sólo el genio puede alcanzar competencia o posesión de los medios literarios...” (Debate histórico).

Mitre, por su parte, que había rendido evidente tributo a la preocupación literaria al redactar su Historia de el Grano, evita enfrentar la contundencia de las afirmaciones de López y sólo se limita a indicar algunos excesos retóricos de éste, en detrimento de la exactitud, y a observar los intereses de la nueva historiografía.

Comentando una frase de López, en la que éste defiende sus recursos literarios, dice Mitre en sus Comprobaciones históricas: “Ni tampoco consiste la disidencia en la más o menos rapidez de la narración, ni en los detalles accesorios que la exornan o animan. Si bien es una calidad literaria —puramente literaria—, «en momentos de acción violenta y tumultuaria, trazar el gran perfil de los sucesos con rasgos hondos que acentúen la fisonomía del conjunto», de lo que Tácito nos ofrece admirables modelos, lo complejo de la historia moderna, y, sobre todo, de la historia que se está elaborando en la materia prima, no permite esa concesión sino a costa de la verdad, de la claridad y de la exactitud necesaria.” Es decir, Mitre está todavía inmerso en la tradición que juzga la historia como un capítulo de las bellas artes, pero siente también el reclamo de una nueva concepción historiográfica, centrada en el culto al manejo de los documentos y en el rigor de los métodos comprobatorios.

Bibliografía Básica

Bibliografía general

Ricardo Rojas, *La literatura argentina*, Buenos Aires, Kraft, 1957, 4ª edición, tomo v y vi, "Los proscriptos".

Ricardo R. Caillet-Bois, *La historiografía*, en *Historia de la literatura argentina*, dirigida por Rafael Alberto Arrieta, Buenos Aires, Peuser, 1960, tomo vi.

Adolfo Prieto, *La literatura autobiográfica argentina*, Rosario, Facultad de Filosofía y Letras, 1962.

Juan Carlos Ghiano, *Autobiografía y recato*, en "Ficción", Buenos Aires, 1958, N° 14.

Guillermo Ara, *El otro rostro de la historia: el testimonio autobiográfico*, en "Revista de la Universidad de Buenos Aires", Quinta Epoca, año v, núm. 4, 1960.

Sobre el déán Funes:

Enrique Martínez Paz, *El déán Funes. Un apóstol de la libertad*, Córdoba, 1950.

Mariano de Vedia y Mitre, *El déán Funes*, Buenos Aires, 1954.

Sobre Vicente Fidel López:

Carlos Ibarguren, *Vicente Fidel López, su vida, su obra*, en *Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, t. 1 (1ª parte), Buenos Aires, 1915.

Carlos Correa Luna, *La obra histórica de Mitre y de López*, en *Humanidades*, t. xiv La Plata, 1927.

Sobre Bartolomé Mitre:

Angel Acuña, *Mitre historiador*, Buenos Aires, 1936.

José A. Oría, *Mitre periodista*, Buenos Aires, 1940.

Carlos R. Melo, *Bartolomé Mitre*, Córdoba, 1956.

Agustín P. Justo, *Las obras completas de Mitre. Estudio Preliminar*, Buenos Aires, 1940.

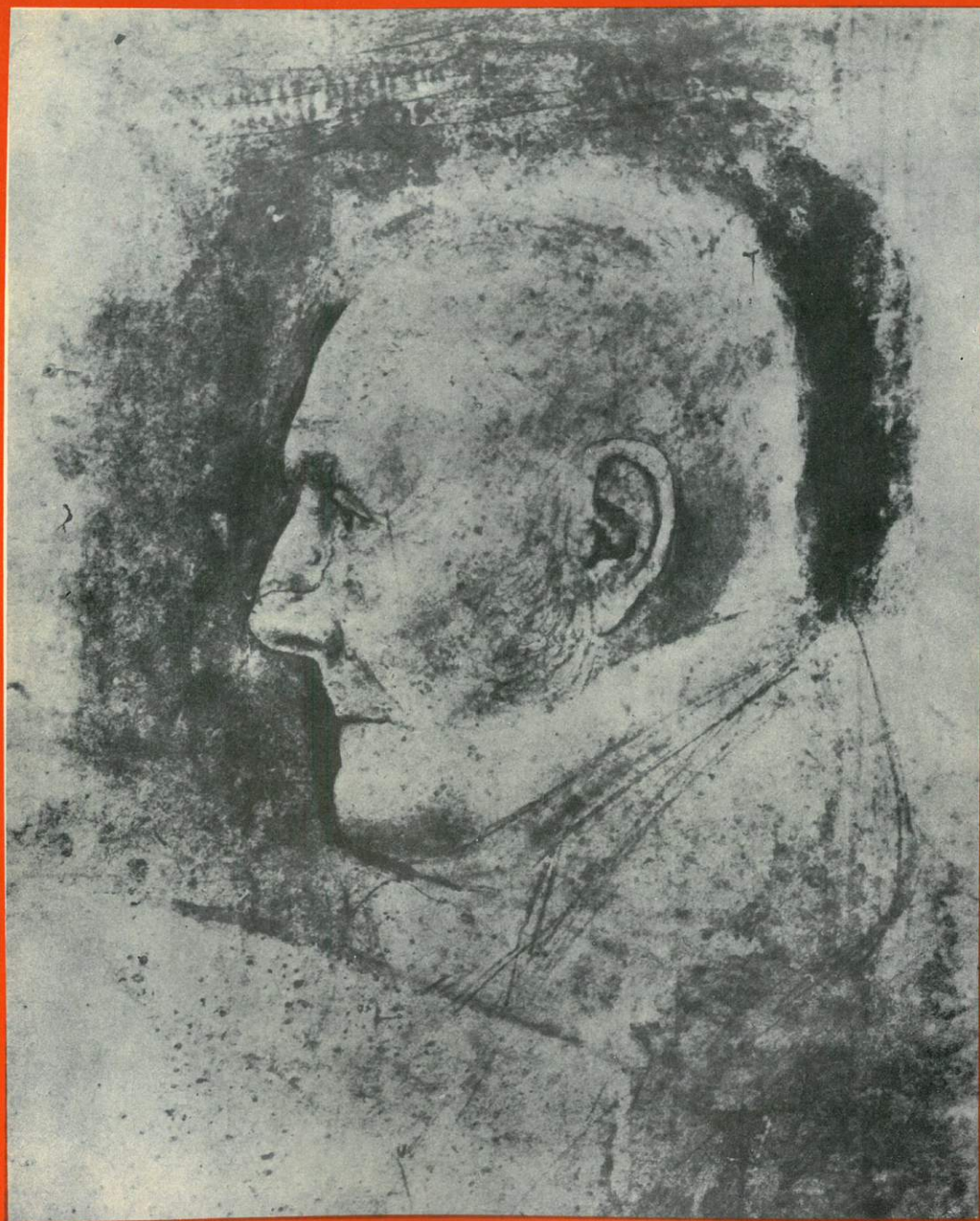
Ricardo Levene, *Mitre y los estudios históricos en la Argentina*, Buenos Aires, 1944.

Sobre José María Paz:

Juan B. Terán, *José María Paz*, Buenos Aires, 1936.

Angel Acuña, *Ensayos* (3ª serie), Buenos Aires, 1939.

Octavio R. Amadeo, *Prólogo a las Memorias póstumas*, Biblioteca de Clásicos Argentinos, Ediciones Estrada, Buenos Aires, 1957.



Don Juan Manuel de Rosas — Dibujo de Fernando García del Molino (Museo Histórico Nacional).

Este fascículo, con el libro
MEMORIAS del general Paz (selección),
 constituye la entrega nº 12 de **CAPITULO**

Precio del
 fascículo
 más el libro: \$ **150**

CAPITULO

La historia de la literatura argentina

Todas las semanas aparece una nueva entrega, que consta de un fascículo y un libro. Cada fascículo da un panorama completo de un autor o un período; el libro correspondiente da una obra completa o una antología representativa de dicho autor o período. Los fascículos en su conjunto constituirán la "Historia de la literatura argentina" propiamente dicha; los libros constituirán la "Biblioteca Argentina Fundamental". La obra íntegra —Historia más Biblioteca— se publicará en 56 semanas. He aquí el plan de la obra.

ENTREGA	FASCÍCULO	LIBRO
1	Introducción: Los orígenes	Martín Fierro - J. Hernández - 192 págs.
2	Introducción: El desarrollo	La gallina degollada y otros cuentos - H. Quiroga - 128 págs.
3	Introducción: Los contemporáneos	El perseguidor y otros cuentos - J. Cortázar - 144 págs.
Primera parte		
4	Epoca colonial: del Renacimiento al Barroco	Los fundadores - Antología - 96 págs.
5	Epoca colonial: la Ilustración y el Seudoclasicismo	La literatura virreinal - Antología - 120 págs.
6	La época de Mayo	La lira argentina - 96 págs.
7	Nacimiento de la poesía gauchesca	Cielitos y diálogos patrióticos - Hidalgo - 80 págs.
8	La época de Rosas y el romanticismo	La época de Rosas - Antología - 120 págs.
9	Echeverría y la realidad nacional	El matadero y La cautiva - Echeverría - 120 págs.
10	El nacimiento de la novela: Mármol	Amalia (primera parte) - Mármol - 400 págs. (Vol. Esp.)
11	El nacimiento de la crítica: J. M. Gutiérrez	Amalia (segunda parte) - Mármol - 300 págs.
12	La prosa romántica: memorias, biografías, historia	Memorias del General Paz - Selección - 120 págs.
13	El ensayo en la época romántica	El ensayo romántico - Antología - 108 págs.
14	El ensayo: Domingo Faustino Sarmiento	Facundo - Sarmiento - 200 págs.
15	Desarrollo de la poesía gauchesca	Santos Vega - Ascasubi - Fausto - Del Campo - 108 págs.
16	José Hernández: el Martín Fierro	Escritos en prosa - Hernández - 92 págs.
17	La segunda generación romántica: la poesía	Versos románticos - Antología de Gutiérrez y Andrade - 120 págs.
18	Lucio V. Mansilla	Una excursión a los indios ranqueles (primera parte) - L. V. Mansilla - 320 págs. (Vol. Esp.)
19	La generación del ochenta: las ideas y el ensayo	Una excursión a los indios ranqueles (segunda parte) - L. V. Mansilla - 240 págs.
20	La generación del ochenta: la imaginación	La gran aldea - Lucio V. López - 160 págs.
21	La "prosa ligera" y la ironía: Cané y Wilde	Juvenilia - Cané - 124 págs.
22	El naturalismo: Eugenio Cambaceres	Sin rumbo - Cambaceres - 144 págs.
23	Los últimos románticos	Antología poética - Guido y Spano y Obligado - 96 págs.

FASCÍCULOS QUE APARECERÁN POSTERIORMENTE:

Segunda parte: 24. La vuelta del siglo: Almafuerte - 25. El modernismo - 26. Leopoldo Lugones - 27. Modernismo y narrativa: Enrique Larreta - 28. Realismo y picaresca: Roberto J. Payró - 29. Modernismo y naturalismo: Horacio Quiroga - 30. Ricardo Güiraldes - 31. El teatro en la vuelta del siglo: Florencio Sánchez - 32. El teatro: Gregorio de Laferrere - 33. La poesía en el avance del siglo - 34. Feminismo y poesía: Alfonsina Storni - 35. La poesía de Enrique Banchs - 36. Fernández Moreno: el sencillismo - 37. Realismo tradicional: narrativa urbana - 38. Realismo tradicional: narrativa rural - 39. El movimiento de **Martín Fierro** - 40. Florida y la vanguardia - 41. Boedo y el tema social - Tercera parte: 42.

La novela moderna: Roberto Arlt - 43. Madurez del teatro: Samuel Eichelbaum - 44. El ensayo moderno: Ezequiel Martínez Estrada - 45. La crítica moderna - 46. Intelectualismo y existencialismo: Mallea - 47. La novela experimental: Marechal - 48. La narrativa fantástica: Borges - 49. La poesía: la generación del 40 - 50. La poesía social después de Boedo - 51. Desarrollo de la narrativa: la generación intermedia - 52. La generación intermedia en teatro: los teatros independientes - 53. La generación del 55: los narradores - 54. Las nuevas promociones: el ensayo - 55. Las nuevas promociones: la novela; la poesía - 56. Índice general.

Oportunamente se suministrarán portadillas con títulos de tomos y capítulos para que los fascículos puedan encuadernarse.

Para el material gráfico del presente fascículo, se ha contado con la cortés colaboración de la Biblioteca Nacional, del Museo Histórico Nacional y del Museo Mitre.